La tia Lencha

Lalo Morales

Capítulo 1

La tía Lencha

En algunos barrios populares hay tradiciones que muy difícilmente mueren, ya que éstas unen al gremio vecinal como una hermandad, así pasa con cierto mercado de una colonia popular. Éste cobra vida las mañanas dominicales y va menguando conforme avanza la tarde, poco a poco se van retirando los puestos de ropa, comida y demás artículos útiles e inservibles, nuevos y usados, hasta no quedar ningún rastro al caer la noche, para luego dentro de 7 días repetir el ciclo una y otra vez. Así es la costumbre de la mayoría de los mercados de barrio, donde el folklor es casi tan agradable como una celebración de, digamos, un día festivo.

Conformado por gente sencilla y humilde, amistosa por naturaleza, al menos para ejercer su labor de venta, el mercado atrae a los habitantes de otras colonias, incluso a colonias de gente adinerada por su ambiente tan tradicional, muy de pueblo, agradable incluso para personas de gustos delicados y exigentes. No importa cuantos años tiene el mercado, lo que importa es que aún era tan popular, y lo seguiría siendo, como hacía décadas. O al menos ese era el pensamiento de quienes lo conformaban, un pensamiento desgraciadamente errado.

Cuando todo es perfecto y un inesperado evento rompe esa perfección, es algo sorpresivo que se toma como un caso aislado. Pero cuando es una serie de eventos que parecieran no terminar nunca, entonces es hora de buscar culpables, y al no hallarlos ni encontrar una explicación científica y racional, la explicación no científica es la que tiene cabida en situaciones de este tipo. Para personas de buen razonamiento o un poco de educación y cultura, hechos perjudiciales que suceden uno tras otro no son mas que simples coincidencias desafortunadas, pero para quienes no poseen dichas cualidades ya mencionadas, estos hechos son sucesos que no tienen explicación.

Por ejemplo, hacía varios meses que caía puntualmente llovizna sólo un día a la semana, desde la mañana hasta la tarde, precisamente el día de mercado. Otra vez un camión se quedó sin frenos y destruyo una gran cantidad de puestos y estantes, afortunadamente no hubo muertos ni heridos, y en otra ocasión, el vendedor de la fruta y verdura y el dueño de la chicharronería se liaron a golpes, a quienes se les unieron primero las esposas de estos, seguidas de los hijos, hijas y demás familiares, armando una batalla campal que sólo pudo detenerse con la intervención de las fuerzas policiales. Además, el colmo, llegó para quedarse una jauría de perros salida de quien sabe dónde, que defecaban, peleaban y se apareaban por todos lados del mencionado mercado, y por más cubetas de agua y pedradas que recibieran, no se iban los tercos animales. Se les notificaba a servicios públicos, pero éstos nunca llegaban. En fin, no

terminaban los problemas. Esta situación provocó más roces entre los mismos vendedores, y renacieron antiguas rencillas en algunos más. Entonces, poco a poco el lugar fue perdiendo fuerza y atractivo.

Y así, el antes tan orgulloso y tradicional mercado de barrio se fue convirtiendo en un pequeño conjunto de personas haciendo vendimia, teniendo un éxito casi nulo.

Pero una tradición tan arraigada no podía dejarse morir así.

Después de varias platicas y planes para tomar cartas en el asunto, se hizo correr la voz para convocar a una junta, justo después de la misa del domingo, ahí mismo, en la iglesia. El sacerdote del recinto religioso no podía estar presente debido a que sus servicios fueron requeridos, dada la repentina muerte del patriarca de una familia más o menos acomodada, pero antes de irse les dejó sus más sinceras bendiciones.

La moderada asistencia estaba compuesta casi en su totalidad de las mismas personas que integraban el antes popular mercado, algunas que habían desertado de él a buscar nuevos puntos de venta y otras que aun eran, no tercas según sus palabras, sino fieles a la tradición. Mientras la lluvia que nunca fallaba los domingos caía en el exterior del lugar, comenzó el intercambio de ideas. Una mujer de mediana edad pasa al frente y toma la palabra.

- Como todos ustedes saben yo soy muy devota, desde que era niña mis papás me inculcaron el amor y respeto a nuestra santa madre, y yo así también lo estoy haciendo con mis hijos. Igual con nuestros santos yo siempre he sido muy devota, siempre asisto a las festividades de san juditas Tadeo, porque yo nunca he sido una mala persona. A los que me han pedido ayuda siempre les he echado la mano, nunca niego un taco a nadie ni tampoco ando con cizaña ni envidias con los demás –

Algunos mueven la cabeza como gesto de aprobación, y unos pocos se miran entre sí con burla e incredulidad.

- Como bien sabemos, nuestro tianguis que tanto amamos ha tenido tropiezos pequeños, pero nunca hemos tenido una situación así. He rezado mucho a nuestro padre Dios, a nuestra virgencita, a san judas nunca le falta su veladora, y aun así nada mejora, al contrario, la situación empeora cada semana. Estoy segura de que ustedes también han rezado y pedido mucho que la situación mejore, pero no se ve ningún cambio bueno. –

Comienzan los murmullos entre los asistentes, y se alza la voz de un muchacho.

- ¿No será que Dios ya no quiere que nos pongamos? A la mejor está enojado. –

Muchos lo miraron con curiosidad, pero la oradora, de nombre Petra, contesta rápidamente.

- No, Dios no está enojado, a quienes rezamos son muy buenos, ellos saben que vivimos de esto y nunca nos dejarían a nuestra suerte –

Todos se miraron entre si haciendo una afirmación con la cabeza, incluyendo al muchacho que acababa de hablar.

- ¿Entonces que sería bueno hacer? - preguntó otra de las asistentes.

- Quisiera darle la palabra a mi tía Lencha –

Petra se dirige a su asiento al momento que una obesa mujer de la tercera edad tomaba el lugar de ésta.

- Para los que no me conocen soy doña Lorenza, aunque me conocen mejor como Lencha. Estoy aquí por la misma razón que ustedes, mi sobrina me llamó y me explicó la situación y yo, con la experiencia que tengo le expliqué que esto tiene remedio, lo sé porque ya lo he visto antes, y he visto como se ha arreglado ese problema. Y lo sé porque lo he visto, no porque me lo hayan contado. Pero ya es decisión de ustedes si me toman a bien lo que les voy a decir. Una amiga tenía un negocio donde le iba muy bien, pero ya saben, las envidias hacen mucho daño, y entonces le empezó a ir mal. Después de un tiempo pensó en cerrarlo mejor, pero se le ocurrió llamar a una madam que hacía limpias para que le limpiara el negocio. Le hizo la limpia y ¿qué creen? Le empezó a ir bien otra vez. –

Hubo un silencio general, todos quedaron atónitos al escuchar semejante ocurrencia.

Comenzaron las negativas y reclamos al oir un remedio de ese tipo, sólo con mencionar esa idea dentro de un lugar considerado santo era casi una blasfemia. Algunas personas se retiraron molestas del lugar, hubo mujeres que se persignaron y otros más no dejaban de reclamarle. Entonces Petra salió al rescate.

- Escuchen, escuchen por favor. Lo que dice mi tía no tiene nada de malo, Dios mismo hace al hombre instrumento para sus fines. ¿No les ha pasado que cuando piden ayuda mientras rezan el padrenuestro llega una persona a ayudar? Esto es lo mismo, yo misma he sido instrumento de Dios, no confundan lo malo con lo bueno. No estamos ofendiendo a nuestro señor, tal vez él mandó a mi tía a nosotros, para ayudarnos, a darnos la solución

para este problema que nos preocupa a todos… -

Los asistentes estaban renuentes, pero Petra, quien no dejaba de hablar, lentamente fue captando el interés de algunos de ellos, gracias a su vocabulario limitado pero lo suficientemente elocuente para convencer a estas personas de fervor religioso, y aunque otros más se retiraron los que se quedaron se fueron tranquilizando.

Después de una larga charla entre los pocos que quedaban con Petra y su tía Lencha, por fin llegaron a una brillante conclusión que sería benéfica para todos, incluyendo a las personas que habían abandonado la junta: había que contratar a alguien para que les hiciera una limpia.

En los días siguientes, su primer movimiento fue llamar a la amiga de la tía Lencha, pero por desgracia la madam que le había hecho el "trabajo" murió hace tiempo debido a la vejez y achaques. El segundo movimiento era buscar en el periódico local, pero aún la tía Lencha era lo suficientemente prejuiciosa para pensar en contratar a alguien que se hace llamar brujo o bruja.

Después de mucho buscar por fin hallaron en un periódico de no muy buena reputación un anuncio que solo decía "Hago limpias a domicilio".

Se hicieron las llamadas necesarias, y ya localizada a la persona de las limpias, que en este caso era un hombre, éste dio instrucciones para hacer la respectiva ceremonia en el lugar escogido, que resultó ser la casa de la misma tía.

Las instrucciones eran éstas: debía hacer la limpia a un círculo compuesto sólo de mujeres, cada una debe llevar un billete, entre más alta sea la denominación era mejor según sus palabras, y además debían llevar un artículo personal, de preferencia una valiosa pieza de joyería, porque el poder de los metales preciosos es muy fuerte, dijo, y obvio el pago acordado.

Se había dicho que debía ser en lunes, a las 9 de la noche, y llegado ese día, fueron llegando las personas convocadas, donde la tía Lencha y su sobrina Petra ya las esperaban. La casa de la tía Lencha era pequeña pero acogedora. Lo único que la tía Lencha no vivía sola, estaba también su esposo, un viejo flaco y algo malhablado, cuyo único pasatiempo era beber cerveza y ver televisión. Casi siempre estaba borracho, y regularmente había peleas en la casa entre él y la tía, y aunque padecía alcoholismo era enemigo de pegarle a las mujeres, aborrecía a los abusadores, cosa que la tía aprovechaba para gritarle y golpearlo, a sabiendas que lo máximo que éste haría era sentarse en la banca del recibidor de la cochera, para entrar a dormir al sofá cuando la señora

durmiera.

Aunque éste recibiera amablemente a las invitadas, como siempre lo hacía con cualquier visita, provocó que la tía se sintiera incomoda, por lo que ella se le acercó y en voz baja le dice:

- No empieces con tus cosas. –

- ¿Pues y ahora, yo que? –

- Ya te dije, estas advertido. –

- ……..…. -

El alcohólico pero amable señor prefirió ir a sentarse a la cocina, para evitar problemas y seguir bebiendo.

Por fin llegan todas las mujeres, no faltó ninguna, y al cabo de unos minutos también llegó la persona esperada quien iba a resolver todos sus problemas.

Buenas noches, pásele, decían las mujeres, que lo recibían como si fuera una celebridad.

Después de algunas presentaciones comienza la ya tan esperada ceremonia.

El chamán, por decirle de una forma, dibuja con un gis blanco un círculo en el piso, pone una base y encima una esfera de vidrio y la llena con un agua que el mismo llevaba, enciende unos inciensos y pide a las mujeres que se hinquen alrededor del circulo antes mencionado, dando instrucciones de que repitan las palabras que proclama.

- ¡A la gran conciencia cósmica, que es Dios, le suplicamos que nos escuche! ¡Nuestra tranquilidad ha sido perturbada por crueles acontecimientos que parecen no tener solución, pero sabemos que tú eres la respuesta, gran creador del universo! –

Mientras las mujeres repetían lo que el chamán declamaba, la tía Lencha se emocionaba cada vez más, estaba tan convencida de la efectividad de la ceremonia que en su mente se veía a si misma llegando al mercado, mientras todos la aclamaban como si fuera un héroe nacional.

El chamán seguía recitando su perorata, mientras en la cocina el esposo de Lencha asomaba la cabecilla, asemejando un niño curioso.

- ¡Oh, padre mío, creador de todas las creaturas y seres que hay en el universo, escúchanos! ¡Respetado y amado por todos los terrestres y no

terrestres, te imploramos que nos ayudes, tu, creador del cosmos, eres el mismo cosmos, eres el control absoluto, eres todo, gran conciencia universal! -

Como parte de la ceremonia, en un cierto momento todas debían de poner el artículo de joyería enrollado en el billete, y ponerlo en un pañuelo negro que el chamán tenía entre sus manos. Hecho esto lo ató, lo apretó contra su pecho diciendo algunas oraciones, y luego lo metió dentro de la esfera con agua. Recita unas oraciones más, realiza pantomimas durante algunos minutos sosteniendo con su mano algunas hierbas aromáticas mientras produce sonidos raros con su boca. Exclama una oración final y da por terminada la celebración.

Las damas asistentes, ya de pie, muestran su agradecimiento al hombre, considerado ya como enviado de los dioses, con palabras lisonjeras y algunas propinas.

El esposo de Lencha, quien moría de curiosidad desde hacía rato mientras daba tragos a su cerveza, se acerca al chaman y pregunta:

- ¿Y usted donde aprendió todo eso? –

La tía Lencha lo ve con una mirada de ira, por lo que el señor entiende y opta por salir a la cochera.

- Solo les pido una cosa, para que todo esto funcione y haga efecto deben de dejar sus joyas dentro del agua por una semana entera, si las retiran antes no funcionará ni aunque hagamos todo de nuevo. – advierte mientras le dan el pago acordado.

La tía las invita a cenar una comida preparada por ella y su sobrina Petra, después de que el chamán se retiró del lugar. La mayoría de ellas estaban contentas con una fe renovada seguras de que todo cambiaría para bien.

. - ¿No creen que esperar una semana para sacar nuestras joyas es mucho tiempo? – dice una de ellas.

- Son las instrucciones que nos dio, si no las seguimos no servirá de nada. – respondió Petra.

-Pues sí, pero…-

- ¿Pero qué? - pregunta la tía.

-No, nada. -

- Bien. Miren muchachas, si el señor dijo que esto va a funcionar, va a funcionar, lo único que necesitamos es fe. No hay que dudar del prójimo,

recuerden que la fe mueve montañas. Además, a mi amiga le funcionó muy bien, yo fui testigo, no veo porque no nos vaya a ir bien también a nosotras, y no lo hacemos solo por nosotras sino por toda la gente del mercado, aunque muchos no me creyeran. Pero después de esto, de mi se acuerdan, después de esto van a creer. –

Las mujeres siguen charlando entusiasmadas, haciendo planes por su futuro éxito ya asegurado.

- Yo voy a poner otro puesto pero de comida, al lado de donde estaba antes, mi hija me va a ayudar. –

- ¡Que bien! – responden varias muy animadas.

Sigue la plática de todas ellas durante un buen rato, excepto una, la primera que dudó, que no hablaba desde que le contestó la tía.

- ¿Pues bueno, que te pasa Marce? -

No contesta y sigue mordisqueándose las uñas sin mirar a nadie.

- Ya habla ¿Qué pasa? -

Da un suspiro y responde:

- Ay doña Lencha pues es que yo traje el anillo que me dejó mi mamá cuando murió, desde que era niña siempre lo he tenido puesto o colgado al cuello con una cadenita. Siento que me cuida a través de ese anillo, siempre lo llevo conmigo, nada más me lo quito cuando me baño y me duermo, y dejarlo aquí una semana no sé, la verdad no quiero irme sin él. -

- Pero tu estuviste de acuerdo, si no fuera así no lo hubieras traído, o mejor no hubieras venido. ¿Para qué lo traías entonces? -

- Pues es que yo no sabía que lo teníamos que dejar una semana. -

- ¿Y luego? Pues ni modo, recuerda que es para un bien común. -

-Pues sí, pero… - da un suspiro - … la verdad no quiero dejarlo. Siento que le estaría dando la espalda a mi mamá, siempre cargo ese anillo porque así la siento cerca. –

Mientras la mujer a quien llamaban Marce hablaba, Lencha la miraba con desaprobación.

-Mira Marce, no te preocupes, tu anillo estará muy bien cuidado, al igual

que las demás joyas que hay ahí. Te puedes ir tranquila. -

- Si doña, pero es que tranquila no voy a estar. –

- Pero no veo porque, ni que me lo fuera a robar. O si quieres quédate a dormir aquí. -

-No es eso. -

- Ya Marce, yo también voy a dejar el reloj de mi papá, no tienes que ponerte así- agrega otra de las mujeres.

-Pues es que eso a mi no me importa, a mi me importa mi anillo. -

- ¿O sea que tu anillo es mas importante que la esclava de oro que me regaló mi hijo? - habla otra mujer, uniéndose a la discusión que ya era inevitable.

-Pues para mi si lo es. -

Mientras discutían y los ánimos subían de tono, Marce comenzaba a ser vista, ya no como una aliada sino como una traidora, alguien que no le importaba pisotear a los demás sólo por una manía egoísta, cosa que la tía Lencha no estaba dispuesta a permitir.

-Marce ¿qué es lo que pretendes hacer? Si te llevas tu anillo el mercado se perderá para siempre ¿lo entiendes? Nos afectará a todos. -

-Sin mi anillo no me voy. -

- ¿Te das cuenta de lo que quieres hacer? -

- Si doña Lencha, lo entiendo… -

- No, no entiendes ¡Nos quieres fregar a todos! ¡A todos! –

- Quiero mi anillo. –

La decisión de Marce estaba tomada y era inapelable. Ni el semblante autoritario de Lencha ni la lengua elocuente de Petra la podían hacer entrar en razón, mucho menos las demás señoras del mercado ahí presentes. De alzar la voz pasaron a los gritos, de los gritos a ponerse de pie, y luego a tratar de intimidar encarándose una y otra con Marce, según sea el turno de cada una.

- ¡Por tu culpa nuestro mercado no se salvará! -

. ¡Pues por mí que se lo lleve el diablo, yo quiero mi anillo! -

-¡¡YA DENLE SU MALDITO ANILLO!! – grita la tía Lencha, una mujer con muy poca paciencia, y lo hace con tal fuerza que todas quedaron en silencio, y antes de que alguna agregara un pero vuelve a decir:

- ¡Ya déjenla que se lo lleve, y que se largue, total, ya veremos después como le hago! -

La considerada traidora se acerca sin decir palabra a la esfera con agua donde estaban las joyas, se agacha y las toma y comienza a desamarrar el pañuelo, con un semblante serio y tranquilo por la victoria conseguida. Todas observándola mientras hacia el desamarre con uñas y dientes, mirándola con un odio que pocas veces habían sentido en su vida, y apretando la mandíbula del coraje. La tía Lencha va al refrigerador temblando por la excitación del momento y toma una cerveza del viejo, la destapa con los dientes y la da un gran trago.

-¡¡AAAYYYYYY!!-

Lencha escupe la cerveza que tenía en su boca, asustada por el grito de Marce, y al mirarla nota que el pañuelo de las joyas estaba tirado en el piso.

- ¿Qué pasa Marce? - pregunta Petra.

Ésta se lleva las manos a la cabeza, sus ojos comienzan a llenarse de lágrimas y lentamente contesta:

- Las joyas…no están. -

Sorprende ver cómo cambia de forma tan drástica el humor en algunas personas como el de este grupo de féminas, cuyos ánimos de un instante a otro de odio y rencor pasaron al asombro y miedo.

Se acercan con la velocidad que les da sus cuerpos con sobrepeso para tomar el pañuelo de joyas tirado en el suelo y revisarlo.

En efecto, no había joyas, sólo un montón de piedras. El chamán, en un momento que pasó desapercibido para todas las presentes, hábilmente cambió el pañuelo haciendo un viejo truco de prestidigitación. Habían sido estafadas.

- No es posible, por tu culpa las joyas se convirtieron en rocas, nunca debiste sacar tu anillo. -

- ¡No seas estúpida, nos robaron! -

- Ay no, Señor ¿por qué, por qué? -

Todas ellas, llorando, se lamentaban de su pérdida y su torpeza al confiar en un hombre que ni siquiera conocían. Los objetos valiosos, al igual que su dinero, suponían que era casi imposible de recuperar, así sucede por lo regular cuando eres víctima de algún charlatán, y la forma en que fueron engañadas era tan ridícula que difícilmente irían a dar parte a la policía.

Lencha sale de su casa a pedir ayuda a los vecinos y vecinas sin dar detalles del engaño, pero era demasiado tarde, el chamán estaba ya muy lejos y resultaría muy difícil de encontrar.

Vuelve a su casa, aun limpiándose las lágrimas del coraje, muy molesta, mientras los llantos y quejas de sus invitadas se escuchaban hasta la calle.

Mira a su viejo marido sentado en la cochera, terminando de un trago lo que le quedaba a su cerveza. El la ve y deja escapar una risilla.

- ¿De qué te ríes, imbécil? -

-Ya sabía que las iban a hacer pendejas. - contesta el viejo, quien no podía dejar de reír.